

Allá á su modo cada cual la juega  
Cual la ve para sí mas ventajosa.  
El mas pobre mendigo  
En su miseria por lo menos quiere  
De su patria el amor llevar consigo,  
Aunque sea no mas para testigo  
De que en su patria de miseria muere.  
Esto es por lo que atañe al buen patriota,  
Que en cuanto al extranjero  
Los derechos de tal bizarro acota,  
Dó encuentra al ciudadano don dinero;  
Mucho entonces de fé y de patriotismo,  
Y al punto que lo atrapa,  
Oro y patria caen en un abismo  
Donde, por Dios, que no darán con ellos  
Los mismísimos monjes de la Trapa  
Con oracion, conjuro, ni exorcismo.  
Y en cuanto á nuestra España y los franceses  
Bien claro la esperiencia nos lo habla,  
Lo poco que á sus garras defendimos  
Lo salvamos á nado en una tabla.

Mas porque no imagines que lo dicho  
Es hijo ¡oh buen lector! de algun capricho,  
Voy á contarte, pues aquí interesa,  
Lo que hizo en su condado de Castilla,  
Madre del conde actual, la tal francesa.  
Lee, pues, y considera claramente  
Lo que ha sido y será por mientras dure  
En nuestra España la estrangera gente.

Y permite de paso  
Que te advierta, lector, que de nosotros  
Esto mismo y aun mas dirán acaso,  
Y no sé yo si con razon, los otros.  
Pero tal es el mundo, y es un hecho,  
Que cuando muchos á la par pleitean,  
Por despechadas que sus causas sean  
Todos se creen con el mejor derecho.  
Pero basta, por Dios, de digresiones,  
Y entremos en materia,  
Que el caso es grave y nuestra historia sería.

Gobernaba con próspera fortuna  
En Castilla el leal Sancho García,  
Atropellando audaz la media luna  
Dó quier que al campo por su mal salia.  
Acechaban los moros sus fronteras  
Como tigres hambrientos;  
Y vian desde lejos sus banderas  
Libres flotando al soplo de los vientos,  
Y en la sangre teñidas  
De sus haces venidas.  
A merced de estos lances venturosos  
Todo era gozo, y dicha, y bienandanza,  
Por cuanto el linde de Castilla alcanza.

Mas ¡cuánto son precarios y engañosos  
Los augurios del bien de la esperanza,  
Y cuanto ¡ay Dios! las dichas terrenales  
Espuestas al impulso de los males,  
Y sujetas á cambio y á mudanza!  
Oigamos para prueba incontestable  
Lo que una noche hablaban á una reja  
Un page de Don Sancho y una amable  
Y hermosa dama que de amor le escucha  
Plática dulce con paciencia mucha;  
Y las palabras nos dirán de *Estrella*  
Lo que ignoraba aun *Sancho Montero*,  
Que aquel era, lector, el nombre de ella,  
Y este el nombre tambien del caballero.

*Estrella*. Pues bien, Sancho, ya que zelos  
Me pides con tal furor,  
Fuerza es aclarar tu error.  
¡Perdónemelo los cielos!  
Un hombre me dices que entra  
De noche por mi ventana  
Y sale muy de mañana:  
Causa tu furor encuentra  
Para irritarse, es así;  
Entra en mi aposento un hombre,  
Pero que entre no te asombre,  
Sancho, que no entra por mí.

*Sancho Montero*. ¿Pues cómo, muger liviana,

Si la verdad no contestas,  
He de creer tus protestas  
Cuando es tuya la ventana?

*Estrella*. Montero, vamos despacio,  
Que aunque la ventana es mía,  
Ni de noche ni de día  
Vivo yo sola en palacio.  
Y no pongas en un potro  
Tu discurso, buen Montero,  
Por donde entras tú primero  
Puede despues entrar otro;  
Y segun, Sancho, á mi cita  
Vienes, el parque asaltando,  
Puede estar otro aguardando  
Hora para otra visita.

*Sancho Montero*. Todo eso está bien, *Estrella*;

Que los hombres somos dos  
Ya lo veo, voto á Dios:  
Mas si tú no, ¿quién es ella?

*Estrella*. Secreto debiera ser  
Ese nombre, mas, Montero,  
Si tú lo quieres...

*Sancho Montero*. Lo quiero.

*Estrella*. Secreto lo has de tener,  
Y ni en tu última hora  
Lo digas ni al confesor.

*Sancho Montero*. Lo juro.

*Estrella*. Pues de tu error  
Es la causa mi señora.

*Sancho Montero*. ¿La condesa?  
*Estrella*. La condesa.  
*Sancho Montero*. ¿La madre de Don  
García?

Tú mientes.

*Estrella*. ¡Por vida mía!  
Que así me trateis me pesa.  
Considerad, señor Sancho,  
Que aun cuando yo lo negara,  
Con mi palabra bastara,  
Y aun os viniera muy ancho.

*Sancho Montero*. Perdóname, dulce *Estrella*,

Lo osado por lo zeloso,  
Que me es en verdad penoso  
Pensar tal infamia en ella.  
Que á fé que mal corresponde  
A quien en desman tamaño,  
Sino por su propio daño,  
Por honra de su hijo el conde.  
El querer de una doncella,  
Si es casto, el amor lo escuda,  
Mas ella condesa, y viuda,  
Pide mas recato, *Estrella*.  
Y está en la ley prevenido:  
Si el hijo ha de gobernar,  
La madre no ha de tomar  
En su gobierno marido.

*Estrella*. ¡Ah, Sancho, que tú no alcanzas  
Lo que su amor me atribula,  
Porque es un amor que anula  
Aun sus mismas esperanzas!

*Sancho Montero*. *Estrella*, no te comprendo.

*Estrella*. Pues óyeme, Sancho, bien,  
Y el cielo me olvide, amen,  
Cuanto mal estoy haciendo.

Yo por servirla no mas  
Y por velar su deshonra  
Estoy prendiendo mi honra  
En un cabello quizás.

Y por contentar su afán  
Presto, protegiendo á ese hombre,  
Con mi aposento mi nombre  
Y corre por mi galán.

Mas no es esto, Sancho mío,  
Lo que el alma me atormenta,  
Que yo ayudara contenta  
De una amiga un desvarío.

Mas yo arriesgo mi decoro  
Y arrostró, Sancho, tus zelos,  
¿Y por quién abogo? ¡cielos!  
¿Por quién, Sancho? por un moro.

*Sancho Montero*. *Estrella*, ¿te has vuelto loca?

¿Moro dices?

*Estrella*. ¡Ay de mí!  
Ojalá no fuera así

Lo que te dice mi boca.  
Ese Muza embajador  
Del rey moro de Sevilla,  
Es el galán.

*Sancho Montero*. ¡Qué mancilla  
Para dama de su honor!  
¡Un moro! por Dios, *Estrella*,  
Que al conde lo he de contar.

*Estrella*. Nos vas, Montero, á matar.

*Sancho Montero*. ¡Ay! ¿quién te ganó por ella?

¿Quién puso en tu pensamiento  
Tan villana aberración?  
¿Quién puso en tu corazón  
Tan torpe consentimiento?

*Estrella*. ¡Quién mas que mi desventura!

Me acogió desde mi infancia,  
Y desde vino de Francia  
No la he concebido impura.

No tengo madre, Montero,  
Y ella de tal me sirvió,

¿Negarla pudiera yo  
Lo que hizo por mí primero?

Supo ella nuestro amor antes  
Y velándolo á su hijo,  
«Obrad prudentes, me dijo,  
Y sed dichosos amantes.»

*Sancho Montero*. ¡Fatal complacencia fué!

Mas ya es tarde, hasta mañana.  
Dios quiera que tu ventana  
Grave pesar no nos dé.

Y partiendo el caballero,  
Cerró sus vidrios la bella,  
Siguiendo al través su huella  
Por un tortuoso sendero.

Está la noche tranquila  
Aunque embozada la luna,  
Y encapotado como ella  
Está junto al parque Muza.  
En pardo alquicel envuelta  
Su conocida figura,  
Y bajo el casco escondida  
Su cabeza (que á la turbia  
Luz de una pálida estrella  
Conocería sin duda  
El mas topo en el turbante  
Si en él la llevara oculta),  
La seña impaciente aguarda,  
Que le harán para que suba  
Las manos de quien espera  
Asir amante las suyas.  
De arriba á abajo pasea,  
Pero con tanta cordura



Que ni sus pasos se sienten  
Ni de una á otra esquina cruza.  
Solo su amor le acompaña,  
Y solo su amor segunda  
Con su audacia y con su alfanje  
De una muger la locura.  
Locura, sí, porque es mengua  
Y rabia causa y angustia  
Que así en el cieno se arrastre  
Dama de tan noble cuna.  
Locura, sí, porque vela  
Detrás de la colgadura  
De su balcón la condesa,  
Que de tardanza le acusa.  
Con gran cautela á los vidrios  
(Que no es estremada nunca)  
Continuamente se asoma  
De que ha de venir segura.  
Y entre la luz y los vidrios  
Pasando, mientras calcula  
El tiempo que huye, su sombra  
Sobre el cristal se dibuja.  
Y en los iguales periodos  
Con que aparece y se ofusca  
Se ve bien que se pasea  
Tal vez sin paciencia mucha.  
Por fin, tornando á asomarse  
Acaso vió lo que busca,  
Porque cerró la ventana  
Con golpe que prisa anuncia.  
Faltó al punto la luz de ella  
Y apareció en la segunda  
Ventana, que está sin rejas,  
Mas abajo de la suya.  
Sonó una palmada á poco  
Y como está á poca altura  
Fácil halló la subida  
El enamorado Muza.  
Mas presto á bajar volviera  
Si alcanzara por ventura  
A ver que un hombre aparece  
En el punto en que él se oculta.  
Si, guarecido en lo espeso  
De la oscuridad nocturna,  
A la ventana se acerca  
De otro hombre la sombra muda.  
Sombra que avanza despacio,  
Pero con planta segura,  
Como quien sabe la tierra  
Por donde camina á oscuras.  
Al eco de sus pisadas  
Con desolacion profunda  
Una muger sacó á medias  
La cara, que el miedo turba.  
A cuyo punto el que viene  
Con voz al caso oportuna  
Dijo y en tono intermedio  
De afirmativa y pregunta :

*Sancho Montero.* Estrella.  
*Estrella.* ¡Sancho!  
*Sancho Montero.* ¡Silencio!  
*Estrella.* Por Dios, Sancho, disimula  
Si es que has visto...  
*Sancho Montero.* Todo, Estrella,  
Y estáme ahogando la furia.  
*Estrella.* ¡Por Dios, Sancho!  
*Sancho Montero.* Nada temas.  
No con fuerza, con industria  
Espero cortar los hilos  
Que tal escándalo anudan.  
¿Por quién te pondrás, Estrella,  
Por ella ó por mí?  
*Estrella.* ¿Eso dudas?  
La vida diera gustosa  
Con una palabra tuya.  
*Sancho Montero.* Pues bien, Estrella, si  
me amas  
Y si confianza alguna  
Te inspira la idolatría  
Que mi pasión te tribute ;  
En vez de guardar la reja  
De una sorpresa importuna,  
Guarda la puerta á su cuarto,  
Y cuanto digan escucha.  
Yo respondo de que nadie  
Por reja ni escala suba,  
Con tal de que me repitas  
Sus palabras una á una.  
*Estrella.* ¿Y qué te importa?  
*Sancho Montero.* Va en ello,  
Estrella, nuestra ventura.  
*Estrella.* Enhorabuena.  
*Sancho Montero.* Ya tardas.  
*Estrella.* Guárdame pues.  
*Sancho Montero.* Pues escucha,

—  
Quedó junto á la ventana  
Montero de centinela  
Y junto á la cerradura  
Se puso á escuchar Estrella.  
Abajo Montero inmóvil  
Permanece en las tinieblas  
Y arriba por los resquicios  
Ella la vista endereza.  
Él, allá abajo inmutable  
Como una estatua de piedra :  
Ella allá arriba con ansia  
Toda arrobada de atenta.  
Mas poco oír la permite  
La bien encajada puerta,  
Y poco paso á su vista  
Da la cerradura estrecha.  
Mas mucho puede un deseo  
En cuyo logro interesa  
Grave peligro ó bien grave

Quien firmemente desea.  
Así que al par aplicando  
Con oportuna destreza  
Ya el ojo para mirar,  
Ya para escuchar la oreja,  
Logró entender, sino cuanto  
Su curiosidad quisiera,  
Cuanto basta á quien importa  
Para que todo lo entienda.  
Y las frases que á pedazos  
Hasta su escondite llegan,  
Con algunas adiciones  
O supresiones, son estas.

*Condesa.* ¿No hay otro medio?

*Muza.* No hay otro

Mientras él viva, condesa,  
Prendidos tenemos ambos  
En un hilo la existencia.  
Mi amor para tí es sin freno :  
Te adoro, sultana bella,  
Y si en decidirte tardas,  
Sin tí me parto á mi tierra.  
No puedo mas en Castilla  
Permanecer sin sospecha,  
Pues concluí mi embajada  
Y va á encenderse la guerra.  
Mi rey en Córdoba tiene  
Gente mucha y muy resuelta,  
Que vendrá á poner de Burgos  
La corona en tu cabeza.  
¿Qué me respondes? decidete ;  
Dentro de tu casa mesma  
Tú vives tiranizada,  
Obedeces y no reinas.  
Privada de los placeres,  
De los saraos y las fiestas,  
Por viuda al llanto y al luto  
Las costumbres te condenan.  
Eres hermosa y amante,  
¿Porqué has de pasar por sierva  
Donde, si quieres, mañana  
Puedes mandar como reina?  
Así nuestro amor logrado,  
Ventajas logrará inmensas  
Tu condado de Castilla :  
Pues en paz con sus fronteras,  
Tus pueblos tendrán tranquilos  
La paz que con ansia anhelan.

Calló aquí el moro, y tras grave  
Meditacion, la condesa  
Como quien duda en lo que habla  
Repuso de esta manera.

*La Condesa.* ¿A qué ocultarlo, buen moro?  
Demasiado lo confiesan  
Las lágrimas de mis ojos,

Y las voces de mi lengua.  
Yo te amo : poco á mis ansias  
La corona es de condesa ;  
Para ceñirla á tus sienes  
Ansiara imperial diadema.  
Pero si yo abro de Burgos  
A tus árabes las puertas  
¿Cómo reinar en Castilla  
A no conquistarla entera?  
¿Cómo estarán los cristianos  
Sumisos á quien los venda?  
No, harán para rebelarse  
Un fuerte de cada piedra.  
Tu rey querrá en la conquista  
Llevarse la mejor presa,  
Y si es una infamia todo,  
Huir es la mas pequeña.

*Muza.* ¿Huir, sultana, qué dices?

¿Adónde, infeliz, huyeras  
Que esclava no te contaras,  
Si no te contaras muerta ?  
¡Huir! ¿acaso por miedo  
De que traidora te hicieran  
A una patria que no es tuya  
Pues no nacistes en ella?  
¿Ignoras que esos villanos  
Que ante tu faz se prosternan  
Maldicen allá á sus solas  
Tu noble cuna francesa?

*Condesa.* ¡Esclavos!

*Muza.* Sí, esclavos tuyos,

Puesto que ellos son tu herencia,  
Y venderlos y comprarlos  
Justo es que á tu antojo puedas.  
*Condesa.* Sí, justo sería, ¡oh Muza  
Mas muy arriesgado fuera  
Tal intentar, porque al cabo  
¿Quién sabe el fin de una guerra!  
Si no hay mas medio.

*Muza.* ¡Ah sultana

mas que tus ángeles bella,  
Mas necesaria á mi vida  
Que el sol y el agua á la tierra,  
Aquí á tus plantas de hinojos  
Te juro, las manos puestas  
Sobre el corazón, que en vano  
Mi alma en huírte se esfuerza.  
Es separarme de tí  
Llevarme á una muerte cierta :  
Luz de mis ojos, el mundo  
Sin ellos está en tinieblas :  
Sin freno en esta pasión,  
Te adoro, sultana bella,  
Y si en decidirte tardas,  
Morir sin tí será fuerza.

*Condesa.* ¡Ah no, muramos entrambos!

*Muza.* ¿Y el conde?

*Condesa.* En Burgos se queda.



*Muza.* ¿Y quién de él si te reclama  
Nos salva?

*Condesa.* ¡Maldito sea!

Callaron ambos un punto,  
Y á poco rato en voz trémula,  
Dijo el moro, como quien  
Prenda involuntaria suelta:

*Muza.* Si al cabo...

*Condesa.* ¿Qué?

*Muza.* En este pomo  
Supremo licor se encierra  
Que sirve sin mas peligro  
A quien le usa con destreza...

*Condesa.* A ver.

*Muza.* De un modo adormece,  
Y usado de otra manera...

A estas palabras oyóse  
Tras de la cerrada puerta  
Inesperado ruido,  
Y tras él de golpe abriéndola:  
« Señora, el alba despunta, »  
Dijo apresurada Estrella,  
E interrumpida la plática  
El moro salió siguiéndola.  
Partió silencioso Muza  
Saltando otra vez la reja,  
Y con el pomo en las manos  
Quedó á solas la condesa.

Iba á rayar el sol en el Oriente:  
Y la serena luz de la mañana  
Teñía suavemente  
Con brillantes matices de oro y grana  
La diáfana estension del horizonte:  
La claridad tendiendo mansamente  
Por las laderas del lejano monte.

En un balcon que á los jardines mira  
Del palacio de Burgos en que mora,  
Sombria y melancólica suspira  
La que en tiempo mejor fué su señora.  
Ella es, sí, la condesa Doña Blanca  
Que á impulsos de secreto sentimiento  
Hondos suspiros de su pecho arranca,  
Y de sus labios los arranca el viento.  
Bella matrona, por la edad no ajada,  
Aun muestra cuanto fué su edad primera  
En gracia y hermosura aventajada:  
Aun brilla en sus miradas, hechicera  
La luz de la pasion, y aun á despecho  
Del pesar que la acosa  
Tienen su bello rostro peregrino,  
Y sus torneados hombros y alto pecho,  
El color del jazmin y de la rosa,  
Que envidia dieran al pincel de Urbino.  
Hermosa, sí, se ostenta todavía

A pesar de la nube que encapota  
Su frente melancólica y sombría.  
Sus miradas en tierra distraida  
Fija, sin ver lo que delante tiene,  
Y en turba al parecer descolorida  
Pasan por su memoria sus ideas  
Tardas en paso y en contorno feas.  
Encendidos sus párpados, parece  
Que romper á llorar tal vez ansian,  
Y pálido el carmin que antes tenían  
Sus labios, que el amor ora enardece,  
Muestra, por Dios, (y ciegos lo verian)  
Lo que su inquieto corazon padece.  
A veces frunce receloso el ceño  
Cual si oculto terror la amedrentara,  
Y á veces gime, cual si horrible ensueño  
Su apesarado espíritu acosara.  
A veces reteniendo en su garganta  
El conturbado aliento,  
Agitado su pecho se levanta  
Cual mar que turba desigual el viento  
Y á veces tenuamente respirando  
Toda la fiebre ahogando, que le agita  
En sueño dulce, misterioso y blando  
Tranquilamente al parecer dormita:  
Todo en ella por fin está mostrando  
Que grave asunto con afan medita,  
Y que si acaso la razon la asiste  
Prestarla fé su corazon resiste.  
Largo tiempo pasó de esta manera,  
Hasta que al fin saliendo de repente  
De su enajenacion, rápidamente  
Formó sin duda decision postrera,  
Y al punto se quitó de la vidriera.  
Falsa sonrisa en derredor vagaba  
De sus fruncidos labios al quitarse  
Y siniestra su faz amedrentaba,  
Amarga su espresion de contemplarse:  
Y con prudente voz llamando á Estrella  
Y á sus palabras dando astuto giro,  
Exhalando un suspiro,  
Plática tal enderezó con ella.

*Condesa.* Mucho te he amado siempre, Es-  
trela mia,

Mis secretos mas graves  
Siempre mi corazon del tuyo fia,  
Que de mi corazon tienes las llaves.  
Que me sirvas espero  
Leal correspondiendo á mi cariño  
En un negocio, que encargarte quiero.

*Estrella.* Vuestra, señora, soy, y ya os lo  
dicho

En otras empeñadas ocasiones  
Que ley es para mí vuestro capricho,  
Y los antojos vuestros son razones.

*Condesa.* Oyeme pues, Estrella,  
Que cosa es que me importa

Y tiene ejecucion fácil y corta.  
El conde, mi buen hijo, Don García  
Secreto mal padece  
Que descuidado mas de dia en dia,  
De dia en dia con peligro acrece.  
Apuré las razones,  
Los argumentos agoté del todo  
Para hacerle tomar una bebida  
Que puede solo resguardar su vida,  
Y de usarla con él no encuentro modo.  
Un solo medio veo solamente:  
Tómela de tu mano incautamente.

*Estrella.* ¡De mi mano, señora!

*Condesa.* Si por cierto;

Él cree que es un secreto su dolencia  
Que juramos guardar en la conciencia  
Los médicos y yo, que la sabemos,  
Y solo de nosotros se recela  
Que á su pesar curársela queremos,  
Y es inútil contigo su cautela.

¿Qué dices?

*Estrella.* Yo, señora...

*Condesa.* ¿Desconfias

De su madre tal vez, muger ingrata?  
¿No le he llevado en las entrañas mias?  
Por sospecha tan ruin, ¡viven los cielos!  
Que inaudito castigo merecias.

*Estrella.* ¡Oh! perdon, mi señora la con-  
desa,

Calmad vuestros enojos;  
Que en ocasion tan grave  
La duda es natural en quien no sabe.  
Mas hablád, disponed, toda soy vuestra,  
Huérfana y pobre me ofrecí en la infancia  
Para solo servir, y de entonces  
Fuisteis mi madre vos, vos mi maestra.

*La Condesa.* Pues bien, que sea hoy  
mismo me interesa.

*Estrella.* Mas la ocasion...

*Condesa.* Muy fácil: en la mesa.  
Yo el elixir derramaré en su copa,  
Tú se la servirás cuando la pida  
Y de este modo le darás la vida.

*Estrella.* ¿Yo se la he de servir...?

*Condesa.* Seguramente.

Que la beba es de tí nuestra fortuna,  
Mas sin señal de inteligencia alguna  
Con mano firme y con serena frente,  
¿Entiendes?

*Estrella.* Será así.

*Condesa.* Pues así sea  
Y ayúdame á acostar, Estrella, ahora,  
Y cierra ese balcon, porque no sea  
De una noche de amor puerta traidora.

*Estrella.* Cierro y tranquila reposad,  
señora.

Y al vecino aposento  
Saltó Estrella obediente,

Mas, ¡ay! que no avezada al fingimiento  
Trémula fué, y el rostro macilento  
A dar en un sillón lánguidamente:  
Y en su errante mirada  
Veíase en verdad su afan interno  
Y su pavura al crimen retratada.  
Meditó largo tiempo silenciosa,  
Inmóvil é indecisa  
Hasta que vaga y singular sonrisa  
Que la escitó una idea generosa  
Tendió sus labios, y avivó su prisa.  
Abrió una puerta, pues, con mucho tiento  
Y por una escusada escalerilla  
Cabo á poner á su secreto intento  
En la antesala dió del aposento  
De Don García, conde de Castilla.  
Su page favorito allí velaba.  
Sí, allí Montero á la sazón se hallaba  
Y á la llegada de su amante Estrella  
En un sillón de roble dormitaba,  
Mas despertóse al percibir su huella.  
« ¡Hermosa! » dijo, y la tendió los brazos,  
Mas ella suavemente  
Esquivando sus lazos  
Peligrosos tal vez, rápidamente  
Con voz turbada, y con prudencia mucha  
Apartóle diciendo: « *Sancho, escucha.* »  
Hizolo Sancho así, y al ir oyendo  
Lo que ella en baja voz le iba diciendo,  
Notábase mas claro á cada instante  
Que el fuego del furor iba subiendo  
Desde su corazon á su semblante.  
« ¡Bien! dijo el mozo al concluir Estrella:  
*Vete tranquila, que estaré presente;* »  
Y á punto tal tornándose la bella  
Por la misma escalera donde vino,  
Tornóse á su sillón tranquilamente  
Montero, y á cumplir con su destino.

Y el sol por el firmamento  
A largo andar se venia,  
Cuando llamó soñoliento  
Desde su oscuro aposento  
El conde Sancho García.  
Montero, como le oyó,  
De la mámpara al dintel  
Atento se presentó,  
Y tras algo que le habló  
Cerróse dentro con él.  
De la fatiga al quebranto  
Rendíase al sueño en tanto  
En la antecámara Estrella  
De su ama; mas ¡ay! que de ella  
Se huía tan dulce encanto.  
A vueltas sobre su lecho  
Con el afan de su pecho,  
Hasta el aire que aspiraba



La parecía que estaba  
Emponzoñado y estrecho.  
En vano el rostro agitado  
Del uno y del otro lado  
Acomoda entre la ropa :  
Los ojos se la han cerrado  
Con la imágen de una copa,  
Y aunque sin luz los mantiene,  
Por mucho que los aferra,  
Su odioso contorno viene  
A dar á sus ojos guerra,  
Y despechada la tiene.  
Por mas que en dulces memorias  
Su mente estraviar procura  
Y en sazoadas historias,  
Sus dichas torna ilusorias  
La copa de su amargura.  
No duerme, no, que al impulso  
De un pensamiento cruel,  
Dentro del cuerpo convulso  
Se la desborda del pulso  
Toda su sangre en tropel.  
Ideas mil en su mente  
Que fermentan en monton,  
La atormentan fieramente  
Y siempre el latido siente  
Del trémulo corazon.  
No duerme, no, que en el alma  
Dó la virtud no respira,  
La paz del reposo espira  
Y airado el sueño retira  
El bálsamo de la calma.  
No duerme, no, la condesa :  
Que vela desesperada,  
De remordimientos presa  
Siempre anhelando ¡malvada!  
Lo mismo de que la pesa.  
La pesa, sí, mas no halla  
Otro remedio al amor,  
Que en su corazon batalla,  
Y lucha contra la valla  
De su amancillado honor.  
« ¡No! dice en su desvario,  
Ceder no sabré jamás,  
Por Dios que me sobra brio!  
Ven, Muza, y si tú eres mio,  
¿Qué me importa lo demas? »  
—  
Tendamos, lector, un velo  
Sobre esta infernal pasion,  
Que de escudriñar me duelo  
Secretos que puso el cielo  
Del hombre en el corazon.  
—  
Con la sonrisa en los labios  
Y con la faz cariñosa

Sentóse el conde á la mesa  
En cuanto llegó la hora.  
Con la sonrisa en los labios  
Aunque con la vista torva,  
Sentóse á par la condesa  
En el lugar que la toca.  
El hijo en el puesto bajo,  
Que aunque lleva la corona,  
Ante su madre la olvida,  
Y como á quien es la honra.  
La madre en el preferente,  
Pues aunque parte no toma  
Del condado en el gobierno,  
Siempre en su casa es señora.  
Detrás del conde está Sancho  
Que la confianza goza  
De su señor, y le sirve  
Con atencion oficiosa.  
Tras Doña Blanca está Estrella,  
Que es la camarera sola  
Que la sirve há largo tiempo  
En la mesa y en la alcoba.  
Escancia Sancho el licor  
Al conde con mano pródiga,  
Y lo hace con la condesa  
Estrella con mano sóbria.  
Bebe el conde cual lo exigen  
Las fatigas que le agobian,  
La condesa cual permite  
El decoro en su persona.  
Él como hombre que pelea,  
Caza y medita y trasnocha,  
Ella cual madre de príncipes  
Y como ejemplar matrona.  
Aunque larga en las viandas  
Mesa es en palabras corta,  
Cosa en quien negocios tiene  
De grave interés, muy propia.  
Crúzanse pues las palabras  
Interrumpidas y pocas  
En tanto que los manjares  
El apetito acogotan.  
« Sancho, dijo de repente  
El conde, escancia Borgoña,  
Que aunque es licor estrangero,  
Deja buen gusto en la boca. »  
Lo cual la condesa oyendo  
Intervino presurosa :  
« Estrella, sírvele al conde :  
Sancho, trincha tú esa lonja  
Que aunque de parte escogida  
No tiene punto de sobra. »  
Palideció un tanto Estrella  
Asiendo al punto la copa,  
Y asió del cuchillo Sancho  
Con mirada escrutadora.  
Frunció Doña Blanca un poco  
Los labios que descolora,

Lijero matiz morado,  
Señal de temor ó cólera,  
Y Don García sereno  
Con gravedad magestuosa,  
Fijos los ojos en ella  
El vaso llevó á la boca.  
Paró el cuchillo Montero  
Inmóvil sobre la lonja  
Que dividia, y Estrella  
Se estremeció de congoja :  
En tanto que Doña Blanca  
Con hondísima zozobra  
Le contemplaba, sus ojos  
Saltándola de las órbitas ;  
Y en este momento el conde,  
Alargándola la copa,  
La dijo con voz tremenda :  
« Bebed primero, señora.  
— ¡ Yo ! replicó la condesa  
Con voz descompuesta y cóncava.  
— Vos misma, » la dijo el conde  
Con voz iracunda y bronca.  
Postróse Sancho de hinojos  
Sentencia tan horrorosa  
Al escuchar, pero en vano,  
Nada á Don García asombra.  
De cólera y de venganza  
Vértigo infernal le acosa,  
Y todo su sér á su impetu  
Se descompasa y trastorna.  
Todo recuerdo calmante,  
Toda intencion generosa,  
De la indignacion á impulsos  
Del corazon se le borra :  
Y con el brazo estendido  
Y faz amenazadora,  
A la condesa presenta  
Resueltamente la copa.  
« ¡ Señor ! exclamó Montero.  
— ¡ Vasallo ! (en voz tronadora  
Interrumpió Don García)  
Quien por infames aboga  
Solo cavar su sepulcro  
Junto á su sepulcro logra. »  
Y á la condesa volviéndose  
Siguió diciendo : « Señora,  
Venderle quereis al moro  
Mi cabeza y mi corona  
Que con torpeza inaudita  
Y amor sacrilego compra ;  
A morir, pues, disponeos  
Como liviana y traidora.  
— ¡ Hijo mio !  
— No, apartad  
Tal nombre de la memoria,  
Y ¡ voto á Dios ! bebed pronto,  
Que mi paciencia se agota.  
— Hijo mio, por la santa

Esperanza de una gloria...  
— Callad y apurad el vaso...  
Esa es la vuestra y no hay otra. »  
Y aquí la condesa viendo  
Que es vana esperanza toda  
Desesperada y sañuda  
Contra sí misma se torna.  
Radió en su fiero semblante  
Horrenda espresion diabólica,  
Relámpago del infierno  
Que en su corazon aloja ;  
Y con firmeza que fuera  
En causa mejor heróica  
Apuró de un solo trago  
La preparada ponzoña.  
Cayó sin sentido Estrella,  
En oracion fervorosa  
Sancho encomendó su alma,  
Y el conde con mano pronta  
Arrojó contra las tapias  
El resto de la ponzoña.  
Quedó la condesa un punto  
Fantasma amedrentadora  
Frente á Don Sancho en silencio,  
Mas pronto el fatal Borgoña  
Tendióla en tierra de espaldas  
A fin desastrado próxima.

## CONCLUSION.

Es una noche lóbrega y oscura :  
No ilumina la luna el firmamento,  
Y en la atmósfera impura  
Densos vapores amontona el viento.  
De espesos nubarrones  
Por su turbado azul lentos avanzan  
Preñados escuadrones  
Que el aire sorben donde el aire alcanzan.  
No corre ni una ráfaga perdida  
Que temple de la atmósfera el bochorno,  
Y el aura de la tierra desprendida  
Exhalada parece de algun horno :  
Y dijeran que humea  
Próxima á vomitar la oculta llama  
Si el relámpago pronto centellea  
Y el ronco trueno en las alturas brama.  
En un balcon que á los jardines mira  
Del palacio de Burgos, en que mora,  
Sombrio y melancólico suspira  
Don García á deshora.  
El es : y al recordar de Doña Blanca,  
Su muerta madre, el infernal intento,  
Hondos suspiros de su pecho arranca,  
Que rechaza tal vez el firmamento.  
Y el llanto que en sus párpados se estanca  
Y el semblante humillado y macilento,  
Muestran que es ya su bárbara sentencia



Carcoma que desgarrar su conciencia.  
 Sus miradas en tierra, distraído  
 Fija, sin ver lo que á sus ojos tiene,  
 Y en confuso tropel descolorido  
 Pasan por su memoria las ideas  
 Tardas en paso y en contorno feas.  
 A veces frunce, receloso, el ceño  
 Cual si oculto pesar le atormentara,  
 Y á veces gime cual si en negro sueño  
 Fantasma aterrador se le mostrara.  
 A veces reteniendo en su garganta  
 El desigual aliento  
 Agitado su pecho se levanta  
 Cual mar que en tumbos desordena el viento.  
 Y á veces tenuamente respirando,  
 Resistiendo la fiebre que la agita,  
 En siniestro delirio divagando  
 Lánguidamente al parecer dormita.  
 Todo al fin en el conde está mostrando  
 Que grave asunto con afán medita  
 Y se ve que su bárbara sentencia  
 Es el peso que abruma su conciencia.  
 Muchas veces acaso en su abandono  
 Las leyes invocó que defendía;  
 Razon hallaba en el salvado trono  
 Que su venganza autorizar podía,  
 Pero siempre tras él con fiero encono  
 Salir la sombra de su madre via  
 Y la ley, la razon y el pensamiento  
 Cedían al tenaz remordimiento.  
 Mas tendamos, lector, un velo oscuro  
 Sobre este cuadro de venganza y duelo,  
 Que es caso á fé de comentarse duro  
 Que ya ha pesado en su balanza el cielo:  
 Caso, lector (y con verdad lo juro),  
 Cuya razon escudriñar no anhelo,  
 Pues pliegues son del corazón humano  
 Que intenta el hombre penetrar en vano.

Largo tiempo pasó de esta manera  
 Y mucho mas el conde así pasara  
 Si por bajo cruzar de su vidriera  
 Misterioso embozado no mirara.  
 A la rápida luz de los relámpagos  
 Su bulto en las tinieblas perseguía,  
 Los ojos con afán desencajando  
 Si en medio las tinieblas le perdía;  
 Mas siempre hallarle en el jardín rondando  
 Con el nuevo relámpago volvía.

Brotó en su corazón sorda sospecha  
 Y espoleando el honor sus presunciones  
 Pronto entendió que el embozado acecha  
 De su alcazar ó puertas ó balcones.  
 Y á poco seña misteriosa oyendo  
 Por una reja le alcanzó trepando,

Y en ira á él encaminóse ardiendo.  
 Con silenciosa y recatada huella  
 Llegó á la estancia de la hermosa Estrella,  
 Y luz viendo alumbrar la cerradura  
 La airada vista enderezó por ella.  
 Mas apenas la línea había cogido  
 Que la abertura con la luz marcaba,  
 Oyó como de gente que lidiaba  
 Dentro del cuarto temeroso ruido.  
 Entre él y la bujía en un instante  
 Dos cuerpos á la par se interpusieron.  
 Que á poco en bamboleo vacilante  
 A la par con estrépito caieron.  
 Lánzase dentro el irritado conde,  
 Y al ver el sitio donde  
 La luz prosigue, la afilada punta  
 Les pone de su estoque á la garganta.  
 Y « ¿Quién se atreve, vive Dios! » pregunta:  
 A cuya voz: « ¡Yo soy! » Sancho responde,  
 Que de ellos solamente se levanta.

Conde. ¡Qué es esto, Sancho!

Sancho.

Señor,

Si es que lo hecho os enoja,  
 Sacadme con esa hoja  
 El alma que os da el honor.

Conde. Concluye, Sancho, ese hombre  
 Que tienes muerto á tus pies  
 Bañado en sangre, ¿quién es?

Sancho. Muza, señor, no os asombre.

Sin miramiento al decoro  
 Que en vuestra casa se encierra,  
 Contando iría á su tierra  
 Vuestra deshonra ese moro.  
 Yo le espere y le maté;  
 Si os culpa su rey, señor,  
 Tratadme como traidor  
 Y entregadme, que yo iré;  
 Pues quiero de mejor gana,  
 Que el moro traidor me llame,  
 Que oírle dar por infame  
 A una noble castellana.

Tendióle el conde la mano

Tal oyendo, y replicó:

Sancho, así quisiera yo

Todo el pueblo castellano.

¿Cuál es tu nombre?

Sancho. Espinosa.

El Conde. ¿Eres noble?

Sancho.

Hidaigo soy.

El Conde. Tu casa será desde hoy

Y tu familia famosa.

Desde hoy serán mis monteros,

Y de lealtad por gala

Dormirán en mi antesala

Sus bizarros caballeros.

Y lléveme Belcebú

Si temo á nadie en la tierra.

Si en la paz son y en la guerra,  
 Todos ellos como tú.

Lector, la buena memoria  
 Que de su madre guardó,  
 Escuso decirlo yo,  
 Pues te lo dice la historia;  
 Recuerdos hay todavía  
 Que atestiguan opulentos  
 Los muchos remordimientos  
 Del conde Sancho García.  
 Diré, pues, la sola cosa  
 Que sus recuerdos exigen,  
 Y es: que de él tienen origen  
 Los Monteros de Espinosa.

## DOS HOMBRES GENEROSOS.

LEYENDA ORIENTAL.

### INTRODUCCION.

Envidiable es á fé Don Luis Tenorio,  
 Su riqueza envidiable y su fortuna:  
 En Cádiz vive, del comercio emporio,  
 Y oro sobre oro comerciando aduna.  
 Joven, valiente y de encumbrado origen,  
 No es como otros mancebos altaneros,  
 Que solamente su ambición dirigen  
 Su orgullo á alimentar de caballeros,  
 Y en banquetes y amores  
 Consumen su salud y sus dineros;  
 Y con mengua y baldón de sus mayores  
 Mueren entre ruñanes y acredores.  
 No, ¡vive Dios! Don Luis lleva una espada  
 En el cinto prendida,  
 Y aunque de sangre alguna vez teñida,  
 Con infame traición nunca manchada  
 Siempre con honra la llevó ceñida.

Cortés, galán y afable,  
 Pronto á satisfacer, jamás esconde  
 Su faz al lidiador mas formidable,  
 Si una ofensa vengar le corresponde.  
 Pero calculador como valiente,  
 Noble viéndose ya por nacimiento  
 Que era mejor imaginó prudente  
 No alcanzado morir, sino opulento.  
 Dióse al comercio, pues, y la fortuna  
 Tan próspera le fué, tan halagüena,  
 Que no hay empresa alguna  
 En que no doble el capital que empeña.  
 No tiene un buque que á la mar botado  
 No torne al puerto de botín cargado:

Ni hay cambiante en Europa ni banquero  
 Que no admita su firma por dinero.  
 Ni playa oculta, ni nación remota  
 Donde suya no aporte alguna vela,  
 Y no le traiga de su tierra ignota  
 Prenda de gran valor en joya ó tela.

Londres, Génova, el Cairo, Alejandría,  
 Venecia... el mundo entero  
 Recorren sus pilotos cada día,  
 Y siempre afortunados en sus viajes  
 Ni sufren de corsarios abordajes,  
 Ni fiero temporal les descarria.

Mira Tenorio en su fortuna inmensa  
 De su excesivo afán la recompensa;  
 Mas cuanto rico y noble generoso  
 Cual comerciante avaro ú envidioso  
 No calcula ni piensa.

Y no hay en la ciudad triste ó mendigo  
 Que á sus puertas acuda inútilmente,  
 Ni tiene un solo amigo  
 Que con su bolsa en la ocasión no cuente.  
 Y si un colega el capital espone  
 Y la fortuna ruin se lo devora,  
 La amistad de Don Luis se lo repone  
 Sin desear su mano bienhechora  
 Del que el favor recibe mas usura  
 Que gratitud... y próspera ventura.

Tal es, lector, el hombre  
 De quien hablarte quiero,  
 Y cuya historia espero  
 Que te suspenda el ánimo y te asombre.  
 No hay en ella magníficas escenas  
 De combates, y muertes, y sucesos  
 Estrepitosos llenas,  
 Ni por objeto mi leyenda tiene  
 La fortuna y el bien de un grande imperio;  
 La reacción que dicen que conviene  
 Sufrir la sociedad; esto es muy serio,  
 Y no me siento yo con tanta fuerza  
 Para que el siglo ante mi voz se tuerza  
 Y varíe de faz nuestro hemisferio.

No es para mí tan colosal hazaña:  
 La sociedad quien pueda regenerar,  
 Yo cantaré despues cuando muriere  
 La suerte que su afán diere á la España.  
 Mas es un cuento asaz entretenido  
 Con puntas de moral, sana y sencilla,  
 En Castilla aprendido,  
 A manera contado de Castilla.  
 Eso sí, miserable y reducido,  
 Obra infeliz, sin pretension alguna,  
 Que sale encomendada á su fortuna,  
 Cuento no mas, sin humos de poema,  
 Que ese es, lector, mi intento  
 Y no va mas allá mi pensamiento:  
 Divertirte y no mas es mi sistema.



*D. Luis.* ¿Cómo tan pronto la vuelta?  
Explicaos, capitán.  
*El Capitan.* Cosas son que os pasarán.  
*D. Luis.* Dad pues á la lengua suelta.  
*El Capitan.* Es pues el caso, señor,  
Que acerté en Alejandria  
A entrar con el mejor día,  
Y con el sino mejor.  
Fuíme derecho al mercado  
Mas no bien puse allí el pié  
¿Con quién direis que topé?  
Con el mercader pasado.  
Asíome con mil estremos,  
Y á fuerza ó de voluntad  
Metíome por la ciudad:  
*Venid, dijo, y hablaremos.*  
*El calor es excesivo,*  
*Capitan, y mientras pasa*  
*Descansareis en mi casa,*  
*Donde vereis que os recibo*  
*Con cuanto agasajo puedo.*  
— Yo respondi: Y vos, señor,  
Vereis á tan alto honor  
Cuan agradecido os quedo.  
Entramos pues en su casa,  
¡Mas válgame Jesucristo!  
En mi vida habia yo visto  
Opulencia tan sin tasa.  
¿Qué tapices y qué alfombras!  
¿Qué joyas de tanto precio!  
Quedéme en fin como un necio,  
La vista haciéndome sombras.  
Llévome á sus almacenes,  
Y ved cual me quedaria  
Cuando oí que me decia:  
« Cristiano, de cuanto tienes  
A tus ojos manifesto  
Elige, y no me andes parco:  
Aquí has de cargar tu barco  
Que así lo tengo dispuesto.  
— Señor, imposible.  
— No;  
Cuan to digas será en vano,  
No ha de ser nunca un cristiano  
Mas generoso que yo.  
A tu amo por simpatía  
En tiempo ya muy remoto,  
Enviéle con un piloto  
Un corto regalo un día.  
Hice yo esto nada mas  
De su esplendidez prendado,  
Y sin pensar de contado  
Que se mentara jamás.  
Pero en el año siguiente  
Él con tu barco me envió  
Un doble de lo que yo;  
Admitilo cortesmente,

Porque en verdad no creyera  
Que intentaba desairarle,  
Mas ganoso de pagarle  
Cuando ocasion me viniera.  
Escusándola él quizá  
No envió mas su barco aquí,  
Mas hoy te sorprendo á ti  
Y has de escoger ¡juro á Alá!  
Lo que te plazca mejor  
Para volverte al momento,  
Sin llevar mas cargamento  
Que un presente á tu señor.  
*D. Luis.* Y vos, capitán... ¿Qué hicisteis?  
*El Capitan.* El partido no era malo  
Y cargué con el regalo.  
*D. Luis.* ¡Voto á San Gil! ¿lo admitisteis?  
*El Capitan.* Por supuesto: aunque en  
verdad  
Imposible era escusarlo,  
Porque él mismo hizo cargarlo,  
Y me echó de la ciudad.  
*D. Luis.* Por Dios, capitán Gonzalo,  
Que quien sois á no mirar  
Os arrojará á la mar  
Con el barco y el regalo.  
Cristiano y español siendo,  
Sin mirar á mi decoro,  
¿Os dejais ganar de un moro  
En bazarria?  
*El Capitan.* Yo entiendo,  
Señor Don Luis, que si veis  
Las joyas por vuestros ojos,  
Calmareis vuestros enojos  
Y mas justicia me hareis.  
¿Qué diablos perdeis en ello?  
Vos cumplisteis como noble,  
Y él volviéndoos un bien doble  
No os echa un cordel al cuello.  
Y ademas si el moro...  
*D. Luis.* No,  
Cuan to me digais es vano;  
No ha de ser nunca un pagano  
Mas generoso que yo.  
¡Esto por Dios me faltaba! —  
Y de este modo diciendo  
Don Luis la vista frunciendo  
Por el cuarto se paseaba.  
Y Don Gonzalo, que vió  
Su negocio tan mal puesto,  
Salió del cuarto, y muy presto  
Con el presente volvió.  
Y sin otras precauciones,  
Para salir de su empeño,  
A los ojos de su dueño  
Empezó á abrir sus cajones,  
Lanzó con gran desenfado  
Sin mas mirar por el suelo

Los rollos de terciopelo,  
Y las piezas de brocado.  
Coronó de pedreria  
Un inmenso velador,  
Y mostró todo el valor  
De lo que á Don Luis traía.  
Desenvolvió diligente  
Los en cajas y redomas  
Empaquetados aromas  
Esquisitos del Oriente.  
Y Don Luis, que aunque disgusto  
Y enojo ademas presume,  
Tan delicioso perfume  
No pudo aspirar adusto.  
Tendió los ojos en pos  
Del olfato, y de su afán  
Saliendo el buen capitán,  
Esclamó: « ¡Gracias á Dios,  
Señor, que al fin de mi viaje  
A ver las cuentas venís!  
¿Qué tal, mi señor Don Luis,  
Que os parece mi equipaje?  
Aunque rédito mezquino  
De vuestro enorme caudal,  
¡No es tan pobre capital  
Para un capitán marino! »  
Mostró en sus labios Don Luis  
Una sonrisa agradable,  
Y al capitán dijo afable:  
« Bien prevenido venís.  
Pero si yo, Don Gonzalo,  
A vuestro tesoro atento  
Decid, ¿quedareis contento  
Con la mitad del regalo? »  
*El Capitan.* Vuestro es cuanto yo poseo  
Y mi deseo es serviros.  
*D. Luis.* Huélgome pues de admitiros  
La mitad de ese deseo;  
Podeis, capitán, tomar  
Lo que os guste, y no andéis parco:  
Mas preparad vuestro barco  
Para hacernos á la mar.  
*El Capitan.* ¿A la mar?  
*D. Luis.* Sí, Don Gonzalo,  
Voy á aprontar un tesoro  
Para pagar á ese moro  
Por mi mismo su regalo.  
*El Capitan.* ¿Señor, estais loco?  
*D. Luis.* No,  
Cuan to digais será en vano,  
No ha de ser nunca un pagano  
Mas generoso que yo.

—  
Casi un año despues, al occidente  
Del faro colosal de Alejandria,  
Un buque de la España procedente

Anclas echaba y velas recogía.  
Vistasas banderolas  
Adornaban sus altos masteleros,  
Y las movibles olas  
Reflejaban las armas españolas.  
Que izaban los gallardos marineros;  
Y dos hombres de pié sobre la popa,  
Del moribundo sol á los reflejos,  
Contemplaban callados á lo lejos  
Aquel puerto famoso,  
De cual como de sueño vagaroso  
Se habla tal vez en la lejana Europa.  
Y uno de ellos acaso  
Rico de hacienda y instruccion no escaso,  
Traía á su memoria  
De aquella poderosa Alejandria  
La magnífica historia  
Que escrita en libros aprendió algun día;  
Y vagaban sus ojos,  
Y buscaban en vano sus deseos  
Los confusos despojos  
Del soberbio palacio  
Que elevaron allí los Tolomeos:  
Buscaban el espacio  
Que ocupó el Hipódromo,  
Y el Timonio y las célebres Agujas  
De la bella amorosa Cleopatra.  
Y cien otros antiguos monumentos  
Transformados ó rotos á las manos  
Del tiempo y de los árabes sangrientos.  
Y en memorias tan mágicas su mente,  
Y en tan bellos recuerdos abismada,  
No via una barquilla que lanzada  
Surca hácia ellos la mar rápidamente.  
Una lancha ligera  
Para una fiesta apercebida era:  
Y al estilo de Oriente engalanado  
Venía en ella un grave personaje  
Por remeros esclavos remolcado,  
De súbditos humildes circundado,  
Que servil le rendian homenaje.  
Y ya á distancia corta  
Llegar del buque anclado  
La gran tripulacion miraba absorta,  
Cuando al hombre en memorias abismado  
Que en la popa seguía distraido  
Llegóse el capitán alborozado,  
Con rapidez diciéndole al oído:  
« Don Luis, el mercader.  
— ¿Qué es, Don Gonzalo?  
— Que ese bote que viene hácia nosotros  
Os trae al mercader que hizo el regalo.  
— Ved qué hablais, capitán.  
— Don Luis, lo dicho:  
Ese es el mercader.  
— Mas la noticia  
De mi venida...  
— Su atencion es mucha,



Y mucha su malicia.  
Seguro estoy, Don Luis, que no ha pasado  
Un día en que en la playa  
No haya diestro vigías apostado  
Para vernos venir.

— ¿Creéislo?

— ¡Vaya!

Pero vedle que llega :  
Lo mismo que es su porta magestuoso  
Su corazón es noble y generoso. »  
Y aquí la voz el capitán alzando  
Mandó tender la escala, y tal empeño  
Y tal estimación viendo su dueño,  
Con sonrisa amorosa y rostro blando  
Los brazos tendió al árabe, que en ellos  
Los suyos enlazando,  
Con emoción oculta sollozando  
Los rizos le besó de sus cabellos.  
Y con muestras de amor nada postizo,  
Títulos cariñosos prodigóle  
En español purísimo y castizo,  
Y de aquesta manera al fin hablóle :  
« Generoso español, ya me temía  
Que tu gallarda y singular nobleza  
A este punto por fin te arrastraría.  
Sí, siempre con certeza te esperaba  
Y á recibirte apercebido estaba,  
Y aposento en mi casa te tenía.  
Ven, y ya que servirte  
Allí me ofrece mi dichosa estrella,  
Noble hospitalidad verás en ella.  
Ven á mi casa, amigo,  
Y que tu gente toda  
Venga, si quieres, á la par contigo. »  
Así el árabe dijo : y respondiendo  
Cortesmente Don Luis á sus razones  
Pasó á su lancha á su amistad cediendo.  
Que el capitán llevase disponiendo  
Su equipaje tras él, y los arcones  
En que sabía el capitán Gonzalo  
Que llevaba las tornas del regalo.

Lector, si acaso has leído  
En mis viejas poesías  
Las que he puesto yo en olvido  
Orientales fantasías,  
Y si aun te acuerdas de aquellas  
Historias peninsulares,  
Que son en verdad tan bellas  
Como pobres mis cantares ;  
De aquel palacio en Granada  
Con jardines y con flores  
Dó hay una fuente dorada  
Con mas de cien surtidores ;  
Si aun te acuerdas de aquel moro  
Cuyo parque y señorío

Coge, de encantos tesoro,  
Toda la orilla de un río ;  
Donde la altiva palmera  
Y el encendido granado  
Junto á la frondosa higuera  
Cubren el valle y collado :  
Donde el robusto nogal,  
Donde el nópalo amarillo,  
Donde el sombrío moral  
Crecen al pié de un castillo :  
Y hay olmos en su alameda  
Que hasta el cielo se levantan,  
Y en redes de plata y seda  
Pájaros presos que cantan :  
Aquel moro que promete  
Con altivez mahometana  
En su oculto gabinete  
Dar á una esquivá cristiana,  
Riquísimos terciopelos  
Y perfumes orientales,  
De Grecia cautiva velos  
Y de Cachemira chales ;  
Blancas y sutiles plumas  
Para que adorne su frente,  
Mas blancas que las espumas  
Que alzan los mares de oriente ;  
Y perlas para el cabello,  
Y baños para el calor,  
Y collares para el cuello,  
Para los labios amor ;

Si aun, lector, no has olvidado  
Las canciones que algun día  
En honra y prez he entonado  
Del bello tiempo pasado,  
Glorioso á la patria mía ;  
Del tiempo de aquel Boabdil  
Que lloró sobre el Genil  
Sin amparo que le acorra,  
Como una cobarde zorra  
Entrampada en un redil ;  
De las torres orientales  
Que levantando insolentes  
Sus agujas desiguales,  
Mecen las auras corrientes  
En trémulas espirales ;  
Y las cifras misteriosas  
Que cual labor sin objeto  
De esas cuádras ostentosas,  
De crónicas amorosas  
Guardan el dulce secreto ;  
Y los anchos sicomoros,  
Y los arroyos sonoros  
Que llevan marcas y nombres,  
Que no entendemos los hombres  
Y que comprenden los moros ;  
Y las hondas galerías  
Que se esparraman sombrías

Del palacio en el recinto,  
En faz de intrincadas vías  
De confuso laberinto ;  
Y los mágicos retretes,  
Y los frescos gabinetes  
Dó la sultana adormida  
Pasó gozando la vida  
Al vapor de los pebetes ;

Si de estos cantares míos  
Y de esta morisca historia  
Guardas idea ó memoria,  
¡ Oh buen lector! hasta hoy,  
Solo una imagen mezquina  
Todo esto te representa  
De la mansión opulenta  
Donde á conducirte voy.

Palabras no hay en mi lengua,  
Ni fuerza en mi fantasía,  
De la hermosa Alejandria  
Y del rico mercader,  
Para contar sin agravio  
De la ciudad, ó del moro,  
De este el inmenso tesoro,  
De aquella el fausto y poder.

Esos fantásticos sueños  
De imponderable riqueza,  
De voluptuosa pereza  
Y de embriaguez oriental,  
Veíanse realizados  
Del árabe generoso,  
En el palacio ostentoso  
Desde el magnífico umbral.

Y deslumbrados y atónitos  
Los ojos del sevillano,  
Su mente aspirando en vano  
Tal riqueza á comprender :  
Seguía absorto y hundido  
En mágico arrobamiento,  
Por uno y otro aposento,  
Los pasos del mercader.

Los mas preciosos tapices  
Dó quier vestían los muros,  
Y los perfumes mas puros  
Humeaban por dó quier.  
Gozaba ansiosa la vista  
Los mas brillantes colores,  
El aura exhalaba olores  
Y henchía el alma el placer.

Condujo á Don Luis el árabe  
A un voluptuoso baño  
Que de agua llenaba un caño  
Destilada de azahar,  
Donde esclavas le sirvieron  
Refrescos en ricas copas,

Y sutilísimas ropas  
Con que su cuerpo enjugar.

Con suave canto arrulláronle  
De su ablución el sosiego,  
Y acompañáronle luego  
A un oloroso jardín ;  
Donde mostrando su huésped  
Cuánto agradarle desea,  
Previno, á usanza europea,  
Un opíparo festín.

Sirvieron profusamente  
Los mas gustosos manjares,  
Con danzas y con cantares  
Acrecentando el placer ;  
Y encomiándole lo mucho  
Que el de Don Luis le interesa,  
Los honores de la mesa  
Le iba haciendo el mercader.

Mandó Don Luis que trajesen  
El presente que trala,  
Conque á devolver venía  
Al moro su antiguo don :  
Y este de amistad sincera  
Llenos en llanto los ojos,  
Fué á recibirle de hinojos  
Con grave satisfacción.

Con amorosas palabras  
Elegantes y sentidas,  
Gracias le dió repetidas,  
Y su presente encomió.  
Y así, encendiendo sus pipas  
Donde aromas aspiraban,  
Mientras un punto reposaban,  
Tal plática se entabló :

*D. Luis.* Pues solos, buen moro, estamos,  
Fuerza es que amigos hablemos.

*El Árabe.* Solo serviros debemos ;  
Hablad pues, que os escuchamos.

Luz, ¡ oh cristiano! y honor  
Verterá en mi vuestra boca :

De vos aprender me toca,  
Y héme ya atento, señor.

*D. Luis.* Que me escuseis os suplico  
Ceremonias orientales :

Amigos somos, é iguales.

*El Árabe.* Si os place así, no replico.  
*D. Luis.* Ahora bien : por mi presencia

Nada ha de ostentarse aquí :  
Vivamos como sin mí,

Suprimid tanta opulencia.  
Quiéroos con sinceridad ;

Si me queréis con nobleza,  
Pienso que tanta largueza  
Desfigura la verdad.